que por un pedazo
de pan tristes claman,
niños que no tienen
ángel de la guarda!

Del collar de perlas,
joven millonaria,
que brillante ciñe
tu sin par garganta,

coge las más finas,
coge las más caras
y á esos pobres niños
de limosna dalas.

¿Qué importa que entonces
en tu cuerpo no haya
prendas con que ahora
tanto te engalanas?

Tú serás más bella
y tendrás más gracia,
luciendo ante el pobre
*las joyas del alma.*

RODOLFO MENÉNDEZ.

---



## 58. — No murmuréis de lo que vuestros padres os evitan.

(VUESTROS PADRES SÓLO DESEAN PARA VOSOTRAS LA FELICIDAD.)

« Isaura hablaba un dia con Cristina y le decia... »

Isaura hablando en una ocasión con su prima Cristina, le decía lo siguiente :

—¡Cuán aburrida estoy, qué fastidio causa el tener que pedir permiso al papá y á la mamá para que podamos hacer algo que deseamos!... Si queremos visitar á alguna amiga con la que nos agrada charlar durante largas horas, concurrir á un

paseo en el cual sabemos de antemano que estaremos del todo divertidas y contentas, comprar un elegante vestido que nos sentará bien y con el cual vamos á despertar la envidia de las compañeras de baile ó de paseo, hemos de pedir permiso para todo. Y luego, después de mil súplicas que, por fin, resultan inútiles, acaba por decir el papá :

« — No, hijita, no conviene que hoy concurras al paseo, quédate en casa para que acompañes á la abuelita que está hoy achacosa y no puede salir, y que sólo está contenta cuando te mira á su lado. »

Y otras veces dicen á una : — seguía diciendo Isaura. — « No queremos que visites á tal amiguita, porque no nos parece buena. Es de carácter libertino y quiere hacer siempre lo que le viene en gana, aun á despecho de la voluntad de sus padres que se oponen á ello ; es, además, soberbia y altiva; se viste siempre de tal modo que llama la atención de todos cuantos la ven, cosa por la cual se enorgullece; se desdeña de hablar con los que van humildemente vestidos; se mofa de las niñas que, á su juicio, no van tan elegantes como ella; ríe á carcajadas por la cosa más simple, cuando va por la calle; vuelve frecuentemente la cara hacia atrás, y muestra semblante halagüeño á los jóvenes que le dicen piropos *. En una palabra, esa niña á quien deseas visitar, no debe ser tu amiga, porque si lo fuera y tuvieras con ella trato íntimo, no tardarías en imitar su conducta adquiriendo insensiblemente las malas costumbres que ella tiene, y perdiendo las tuyas buenas que con tanto afán te



hemos hecho adquirir tu mamá y yo. » Si se trata del vestido elegante — continuaba la quejosa niña — es la mamá quien toma la palabra para decir :

« — Es muy cara la tela que deseas comprar, hija mía. Ten, además, en cuenta lo que habrá que gastar en adornos y tal vez en pagar á la modista, pues tus conocimientos en el arte de hacer vestidos son aún escasos, por lo que no podrías hacer un vestido de tela fina, pues que correrías el riesgo de echar á perder la tela. Reflexiona en todo esto y comprenderás que resulta muy costoso el vestido que deseas comprar. Si cumplimos esos tus deseos, será á costa de un sacrificio y tú estás obligada, Isaura, á evitarnos los sacrificios, y no á procurárnoslos. Además, no es bueno que te acostumbres á vestirte de manera semejante á como lo hacen las jóvenes que tienen mucho dinero, pues eso te costaría siempre sacrificios, como ya te he dicho, y resultaría ridículo que una hija de padres pobres llevara lujosos vestidos. Y quién sabe, hija mía, si con llevar un vestido elegante des ocasión para que los murmuradores piensen, por lo menos, que aquel vestido no ha sido adquirido por los medios que procura la honradez. » En una palabra, Cristina, — concluyó Isaura — para todo son sermones, privaciones para todo, y falta de libertad aun para la cosa más nimia *. ¡ Qué fastidioso, qué horrible es vivir así !....

Hasta aquí, Cristina había oído á su prima sin abrir para nada los labios; pero, al escuchar su última exclamación, le dijo :

— ¡Pobre Isaura! Cuánto siento que en estos momentos en que estás excitada por el despecho, porque quizá tus papás no han podido satisfacer alguno de tus caprichos, hayas dado rienda suelta á tu lengua diciendo cosas que, en otra circunstancia, no habrías dicho jamás, pues que tienes un alma bella dotada de muy delicados sentimientos. No te culpo sino por tu ligereza al dejarte vencer por el insólito * enfado de que te hallas poseída.

¿Acaso has podido olvidar, querida Isaura, lo que nuestra buena maestra nos ha dicho en la escuela acerca de nuestras obligaciones para con nuestros padres? Amadlos, hijas mías, nos ha dicho, pues que á ellos les debéis la vida y un sinnúmero de sacrificios que por vosotras han hecho, y mil privaciones á que por vosotras se han sujetado desde que erais pequeñitas.

Obedecedlos prontamente y sin replicar, nos ha dicho también, porque cuanto os ordenan y cuanto os evitan es para vuestro propio bien, para vuestra felicidad tanto presente como futura.

Respetadlos, pues que su experiencia, sus virtudes, sus canas y las arrugas que veis en su tez, todo en ellos debe infundiros respeto. Por más que alguna vez hayáis jugado con ellos, por más que las caricias entre ellos y vosotras hayan sido mutuas, respetadlos siempre, jamás los tratéis como si fueseis sus camaradas. Tenedles confianza, hacedles conocer vuestros pensamientos y comunicadles vuestras cuitas *; pero siempre respetadlos y que vuestro respeto por ellos sea casi una veneración.



Tened por ellos gratitud, reconocimiento; pues que ellos han vivido sólo para vosotras. Os han dado cuanto han tenido, y, si alguna vez hubiera sido preciso que dieran su vida por vosotras, ó si ahora mismo aun cuando ya sois jóvenes, os vierais en peligro de muerte y ellos os pudieran salvar sacrificando su propia vida, estoy segura de que se entregarían gustosos á la muerte por salvar vuestra existencia.

¿Te acuerdas de todo esto, Isaura? — repetía varias veces Cristina.

Y seguía diciendo:

Yo no he olvidado ni las últimas palabras que la maestra habló cuando trató de tal asunto. Entonces nos dijo:

— Que vuestro reconocimiento para con vuestros padres, mis queridas niñas, dure tanto como dure vuestra vida, y, si alguna vez sois madres también vosotras, enseñad á vuestros hijos á amar, á obedecer, á respetar y á tener gratitud por sus abuelos, es decir, por vuestros padres y por los de vuestro marido...

— ¡Ah, sí! — interrumpió conmovida Isaura. Ya me acuerdo de lo que entonces nos refirió la maestra para hacernos ver que los malos hijos pagan, con sus propios hijos, lo que han hecho con sus padres. ¿Me permites que lo recuerde, Cristina?

— Sí, mi querida prima; pero antes prométeme que jamás volverás á enfadarte por las disposiciones de tus padres, como te has enfadado hoy.

— ¡Sí; te lo prometo, mi buena Cristina! Ya no olvidaré lo que ahora me has recordado.

— Pues ya te escucho.

« — Había una vez un hombre viejo — comenzó Isaura — viejo como las piedras. Sus ojos apenas veían, sus oídos casi no oían y sus rodillas temblaban. Un día, en la mesa, no pudiendo sostener su cuchara, derramó la sopa sobre el mantel y aun un poco sobre su barba.

Su hijo y su nuera se disgustaron y en lo de adelante el anciano comió solo, detrás de la estufa, en una pequeña cazuela que apenas le llenaban. El pobre anciano miraba tristemente desde ahí la mesa, y sus lágrimas rodaban bajo sus párpados, tanto, que otro día escapándose la cazuela de sus manos trémulas, se rompió sobre el pavimento.

Los jóvenes murmuraron entre dientes palabras duras, y el anciano lanzó un profundo suspiro, Entonces le dieron, para que en ella comiera, una ordinaria taza de tosca madera. Una noche, mientras cenaban á la mesa y mientras que el buen hombre estaba en su rincón, el hijo de aquellos jóvenes, que apenas tenía cinco años de edad, se ocupaba en recoger del suelo pedacitos de madera.

—¿Qué haces ahi? — le preguntaron.

— Voy á hacer una tazita de madera — respondió el niño — para que en ella coman papá y mamá cuando yo me haya casado y ellos sean viejos.

El hombre y la mujer se miraron en silencio, las lágrimas saltaron á sus ojos, é inmediatamente hicieron venir cerca de sí al abuelo quien, en lo de adelante, no dejó más la mesa de familia. »



Con esta narración, mis lectoras, terminó el diálogo entablado entre Isaura y Cristina.

**Piropos**, frases lisonjeras, requiebros.
**Nimia**, insignificante, sin importancia.
**Insólito**, que no es común, ni ordinario.
**Cuitas**, penas, aflicciones, desventuras.

### CUESTIONARIO

¿Quién oía una vez á Isaura cuando esta niña estaba muy enfadada? Decid lo que decía Isaura. ¿Qué le dijo Cristina? ¿Qué le recordó Cristina á su prima? ¿Por qué hemos de obedecer á nuestros padres? ¿Por qué merecen nuestro respeto? ¿Por qué nuestro reconocimiento? ¿Cuánto tiempo deberá durar nuestro reconocimiento por nuestros padres?

### TRABAJO EN SILENCIO

Contestad por escrito las últimas cuatro preguntas del cuestionario.

---

## 59. — La iniciativa.

« El sauce alzóse altivo y gallardo »

Á la orilla de un arroyo
Que iba el verano secando,
Un melancólico lirio
Doblaba mustio su tallo,
Pues al secarse el arroyo
Secas sus raíces quedaron,
Y así á las ondas, el lirio
Daba su triste reclamo :
« Decid ¿por qué, ondas esquivas,
Os alejáis de mi lado?



¿No veis que vuestros desdenes
Me están la vida quitando?
Venid y regad piadosas
Mis hojas que á vuestro halago
Darán perfumes y sombras
Á vuestros suaves remansos. »
Y así contestó el arroyo
Del lirio al triste reclamo :
— « Perdona, lirio, perdona
Si no riego con mi llanto
Tus verdes hojas, que fueron
De mi ribera el ornato
Que están mis ondas muy bajas,
Y tú quedaste muy alto ».
Volvióse entonces el lirio
Hacia un sauce copado
Que casi á envolverle baja
De su follaje en el manto,
Y en cuyas hojas se mira
Cual cristal límpido y diáfano,
Una lágrima, que sola
Dejó la aurora á su paso,
Y que las hojas del lirio
Piden al sauce en regalo,
Y éste con dulce murmullo
Le dice en acento blando :
« ¿De qué le sirviera, lirio,
Á tu marchito regazo,
Esta gota de rocío
Que está en mis hojas temblando?

Es este riego tan poco
Y tú necesitas tanto....
Mas oye, si no puedo
Alzarte de tu desmayo,
Si para darte la vida
No tengo el medio en la mano,
Te ofrezco que de seguro
He de saber encontrarlo. »
Y así diciendo, el sauce
Alzóse altivo y gallardo,
Y luego dobló sus ramas,
Y las dobló tanto, tanto,
Que en las aguas del arroyo
Quedó casi sepultado;
Y alzándose de improviso
Cual si saliera de un baño
Cual ave que se espereza
Para alzarse en el espacio,
De su follaje frondoso
Sacude el extenso manto,
Y cayeron sobre el lirio,
Como lluvia de verano,
Tantas gotas de rocío,
Que quedó como adornado
De perlas, que le ceñían
En ajorcas y rosarios,
Y de su seno se abrieron
Capullos frescos y blancos,
Que las ramas del sauce
Y el ambiente perfumaron.



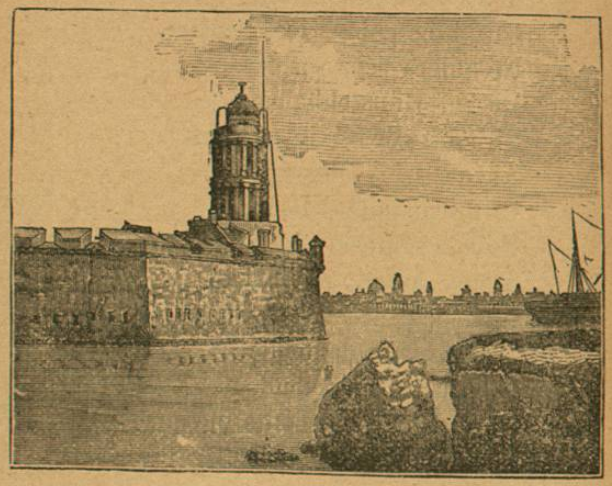
En el sauce, niñas mías,
La iniciativa os retrato,
Que á veces baja hasta el fondo
De corazones avaros,
Y les arranca el auxilio
Que á los pobres les negaron.
No quiero para vosotras
De la fortuna el halago,
Si habéis de ser insensibles
Al ruego del desgraciado.
Os deseo, como el sauce
Follaje sombrío y grato
Á cuyo auxilio no acudan
Los que padecen, en vano;
Y si carecéis de medios
De dar consuelo y amparo,
No os arredréis; como el sauce
Pedid, para prodigarlos.

DOLORES CORREA ZAPATA.

---

## 60 — El Padre libertado por su hija.

(LEYENDA.)



Un castillo prisión.

« Al castillo del señor habían llevado un hombre atado, aunque sus brazos estaban cargados de pesadas cadenas, este hombre estaba erguido y con la cabeza alta; en su noble rostro se leía la altivez. Habían ido á buscar al señor, que su injusticia y su crueldad hacían temer de todos. Llegó, y mirando al caballero le gritó de lejos :

« — ¡Conque eres tú el que te has atrevido á desafiar mi poder!

« Á las palabras del señor, el caballero no ha pali-



decido; su frente no se baja sino que irguiéndose con más altivez todavía, le dijo :

« — Sí, he desafiado tu poder injusto y no me arrepiento de ello; pues era mi deber tomar la defensa de los débiles oprimidos por el fuerte. Pero, oye : en el momento en que me había olvidado de tu odio y no lo evitaba, me has hecho traidoramente coger por tus hombres de armas ; yo te habría atacado cara á cara y lealmente.

« El señor hizo un movimiento de cólera; pero la voz fuerte del preso se hizo oír de nuevo.

« — Oye, decía, no pido más que una cosa; esta libertad que me has quitado vergonzosamente, devuélmela por algunos días; déjame ver á mi hija y á su hermanito; cuando haya besado á mis hijos, lo juro por mi honor, me entregaré entre tus manos y sin quejarme sufriré todo lo que me quieras hacer sufrir.

« — Quieres ver á tu hija, gritó el encolerizado; no la verás jamás, jamás oirás su voz, jamás verás la luz del día ni oirás los ruidos de la tierra. Porque conozco una prisión tan escondida y profunda que allí estarás más solitario y más olvidado que en el fondo de una tumba.

« El señor salió de la sala, seguido de sus guardas y del preso; y, andando delante con una antorcha en la mano, penetró por una escalera secreta y se puso á bajar. Ya habían pasado los profundos cimientos del castillo.

« — ¿Hemos llegado? preguntaron los guardas.

— ¡Todavía no! dijo el señor. Aquí mi prisionero

podría oír algunos ruidos de la tierra, y si mi castillo se caía, lo despertaría con el ruido, pero donde lo quiero llevar, mi prisionero no oirá nada.

« Bajaron todavía, bajaron tanto que los hombres respiraban con trabajo, y la antorcha ardiente, faltándole aire, vacilaba, como próxima á apagarse. Y los guardas pensaban : « La vida del preso va á parecerse á la llama moribunda de esta antorcha. »

« La escalera acababa, el señor se paró, se bajó, abrió una trampa y bajaron al preso á una prisión parecida á un pozo.

En el mismo momento el viento apagó la antorcha. Los guardas pensaban :

« Pronto le sucederá lo mismo » y pedían á Dios que protegiera á la víctima contra el verdugo todopoderoso.

« Cuando hubo terminado, el señor subió lentamente la escalera sombría, pensando en su venganza satisfecha. Poco después llegó á la puerta del castillo una joven llevando á un niño por la mano, y pidió hablar al señor. El señor la recibió en la gran sala del castillo ; estaba sentado en un trono de terciopelo rodeado por sus guardas.

« Señor, soy la hija del que tenéis encerrado en las prisiones de vuestro castillo. No vengo á pediros su perdón, pues nada ha hecho que necesite perdón. Os pido solamente que nos dejéis compartir su pena. Encerradnos con él á mi hermano y á mí; cargad nuestros brazos con las cadenas que oprimen los suyos; pero que al menos estemos juntos; que las



paredes que nos rodean nos separen del mundo entero, pero que no nos separen á los unos de los otros »

« Al decir esto, la voz de la joven temblaba, y apretaba con más fuerza la mano de su hermanito que la acompañaba.

« El señor, impasible, respondió á sus palabras con un movimiento de cabeza negativo. Y, volviéndose á sus guardas :

« ¡ Sería demasiado feliz, dijo, aun en el fondo de su prisión, si tuviese á su lado una hija semejante! Entonces, mirando á la joven inmóvil y pegando en el suelo con el pie :

— « ¡ Vete ! » le dijo.

« La joven se volvió lentamente, como agobiada por un gran peso; dió un paso hacia la puerta y de pronto, no pudiendo contenerse, se echó á llorar; volvió hacia el señor, se echó de rodillas y sus lágrimas caían gota á gota sobre la púrpura del sillón señorial.

El señor la miró fríamente.

— « ¿Quieres mucho á tu padre? le dijo. ¿ Estás segura de que te quiere tanto como tú lo quieres?

— « ¡ Yo, señor ! si no me amase ¿ cómo me habría enseñado á amarle?

— « ¡ Pues bien! veremos si es verdad y si no te ha olvidado ya ese padre que crees tan tierno : llámalo y si te responde le hago gracia.

« La joven reflexionó un instante y miró las murallas anchas del castillo.

— « ¿Cómo queréis — dijo — que mi débil voz llegue hasta él ó que la suya llegue hasta mí á través de las espesas murallas que nos separan?

— « Pues bien! — dijo el señor — si tu voz es demasiado débil haz sonar el cuerno ó sube á la torre del atalaya* y toca la campana de alarma. Te lo juro, si te puedes hacer oír por él, le devolveré la libertad.

Ella mirándolo con sus grandes ojos tristes :

— « Repite tu juramento, dijo, si quieres que ensaye, porque temo que te quieres burlar de mí ».

« Entonces, con voz fuerte, delante de todos los que estaban allí dijo : Juro sobre mi cabeza que si esta joven puede hacerse oír de su padre, no importa por qué voz, la del cuerno ó la de la campana de bronce, le devolveré mi prisionero. »

» La joven se inclinó : — Te doy las gracias, dijo, por el juramento que has hecho. Dios me ayudará y me hará encontrar una voz bastante fuerte para bajar hasta la prisión de mi padre.

« Pronto, á ruegos de la hija del prisionero, las campanas de la ciudad, las de los pueblos y las de las ciudades vecinas se pusieron á tocar al mismo tiempo; sus sonidos se cruzaban en el aire y lo agitaban á lo lejos. El carcelero bajó hasta el preso :

— « ¿ No oyes nada ? le dijo.

— » ¿ Qué podría yo oír, respondió de abajo una voz debilitada por el sufrimiento, sino el latido monótono* de mi corazón ? Cuando le refirieron estas palabras, la hija del prisionero pudo medir cuán profunda



era la prisión de su padre, que no tardaría en ser su tumba. Sin embargo no perdió el valor. Vendió todo lo que tenía : bosques, estanques, campos; de todo se deshizo y compró en lejanas tierras grandes masas de bronce.

« Las hizo transportar con mucho trabajo; derritieron el metal y lo transformaron en una campana gigantesca cuyo sonido helaba de espanto los corazones. Fueron hacia el preso y le preguntaron si no había oído algo.

— « Nada », respondió.

« Los obreros que habían trabajado en la campana perdieron el valor. » Nuestro trabajo es vano, decían; hay que renunciar á que ninguna voz de la tierra llegue hasta el prisionero ».

« Pero el amor filial mantuvo en el corazón de la joven una infatigable esperanza. » Con la ayuda de Dios, decía, no es posible que la voz de una hija no llegue al corazón de un padre. »

« Entonces tomando una cajita que contenía los diamantes de la familia, y perlas de mucho valor, las vendió; daba esta vez todo lo que tenía.

« Hizo construir de nuevo la campana. La campana era tan pesada que para sostenerla hubo que construir otro campanario; lo hizo construir. Entonces encontrando en su corazón una fuerza sobrenatural, ella misma, uniendo su mano á la de los demás, se puso á tocar la campana. Del seno de la campana salió una voz tan fuerte que todo lo rompía á su paso; el campanario temblaba de arriba á

abajo y la tierra vibraba á lo lejos. Entonces bajaron hacia el prisionero.

— « ¿No oyes nada? le preguntaron.

— « Sí, respondió, oigo como un sordo gemido que parece llegar á mí de la superficie de la tierra.

— « Prisionero, es la voz de tú hija que te llama; ven, estás libre.

« La puerta de la prisión se abrió; el prisionero subió; á cada vuelta de la larga escalera la voz que venía de la tierra parecía debilitarse y pronta á apagarse, pero después de la vuelta llegaba de nuevo, más sonora y á medida que subía el prisionero, sentía vibrar á su alrededor la tierra y las piedras y su corazón vibraba con ellas, y el sonido siempre renaciente llenaba sus oídos y le llegaba hasta el alma. Una vez en lo alto de la interminable escalera cuando la luz dió en su cara pálida, cuando el aire vivificante de la libertad penetró en su pecho, el prisionero sintió sus piernas desfallecer y se desvaneció. Pero la campana, tocando con todas sus fuerzas lo llamaba siempre; se despertó, se levantó y fué hacia el lado de donde venía el sonido.

Á medida que adelantaba, el sonido se aumentaba de tal modo que parecía llenar la tierra y los cielos. En fin, llegó al pie del campanario; entonces la grande y triste llamada, se calló de repente; la tierra quedó en silencio : la joven había encontrado á su padre.

Atalaya, torre ó campanario desde el cual pueden vigilarse los alrededores de la ciudad ó pueblo.



## CUESTIONARIO

¿Á dónde llevaron un hombre atado? ¿Había hecho algo malo aquel señor para que lo castigaran de aquel modo? ¿Qué dijo el preso á aquel hombre cruel que mandaba lo encerraran en una profunda prisión? Decid hasta qué lugar del castillo condujeron al prisionero. ¿Quién llegó al castillo poco después de que el prisionero fué llevado á aquella prisión parecida á un pozo? Decid el diálogo entablado entre la hija del prisionero y el señor del castillo. Contad qué hizo aquella joven para libertar á su padre.

## TRABAJO EN SILENCIO

Hablad del amor que aquella joven tenía por su padre y los sacrificios que llevó á cabo para demostrarle tal amor.

---

## MODELO DE SOLICITUD

Al C. Gobernador del Estado de...

Guanajuato.

Celaya, octubre.... de 1905.

Yo, Margarita Sánchez, alumna de la Escuela Oficial núm..... de esta ciudad, ante Ud. comparezco con el debido respeto manifestando lo siguiente:

Acabo de terminar en esta Escuela la instrucción primaria superior, lo cual acredito con el certificado que tengo la honra de adjuntar, y deseo emprender los estudios necesarios para obtener el título de profesora en la Escuela Normal de la ciudad de México; pero careciendo de recursos pecuniarios para ello, pues desgraciadamente acaba de fallecer mi tío, el Sr. Próspero Sánchez, único apoyo con el que contaba,

á Ud. suplico encarecidamente se sirva favocerme asignándome una pensión mensual con la cual pueda satisfacer los deseos que acabo de exponer.

Si por su benevolencia atiende Ud. mi solicitud, recibiré con ello gracia especial, por la que anticipo á Ud. las debidas gracias.

Protesto lo necesario y reitero á Ud. mis respetos.

Libertad y Constitución.

Margarita Sánchez.

Domicilio: Calle 2ª de Morelos nº...